

## Capítulo I.

# Camino de un sueño

### ¡Nos ha ganado una chica!

Los jueces anularon por unos segundos su primer triunfo. La historia de Samuel Sánchez en el ciclismo arrancó con polémica. Fue en 1988, en Luanco, una coqueta población pesquera asturiana en la que nuestro protagonista, con once años, se presentó entusiasmado a la competición programada.

Acompañado por sus amigos y ataviado con los colores del Club Ciclista Colloto-Deportes Fuente, una chichonera amarilla y negra y unos zapatos R100 Amstel Gold Race negros –“*Corría con calapiés y los cables de la bici por fuera. Llevaba una pinta curiosa*”–, Samuel estuvo presto para coger un buen sitio en la salida nada más terminar la prueba de la categoría previa. Pero cuando se dio el pistoletazo de arranque, sufrió un inesperado problema: “*La inexperiencia hizo que me enredara con los calapiés y me quedara rezagado. Estuve llorando de la impotencia durante toda la primera vuelta al circuito mientras iba adelantando a los rivales. Al final pude ganarles a todos y, de la emoción, levanté los brazos al cruzar la línea, algo que estaba prohibido a esas edades por cuestiones de seguridad*”.

Por suerte para él, los jueces –que en primera instancia habían anulado su triunfo– tuvieron compasión de aquel jovencito que debutaba animoso en el mundo del pedal: “*Se fijaron en mi ficha y, como*

*era la primera prueba que tenía sellada, decidieron no quitarme la victoria, aunque me avisaron de que la próxima vez sería diferente”.*

La alegría se apoderó de Samuel, que estrenó su casillero de victorias con aquel controvertido y excitante triunfo: *“Nuestra ilusión era escoger un buen trofeo. Había algunas pruebas, como ésta en particular, en la que el vencedor podía elegir. Tuve la suerte de llevarme un buen premio. Aunque por poco no me lo puedo traer para casa, porque al Seat 124 en el que viajábamos se le rompió la caja de cambios y nos quedamos atascados”.* Un incidente menor para una jornada feliz en la que también recibiría otro premio.

Cándido Sánchez, el padre de la criatura, le había hecho una promesa: *“Si ganas, te regalaré unas nuevas zapatillas”.* Cumplió. Cambió las modestas *R100* de cordones por unas codiciadas *Sidi* de velcro. En la siguiente carrera, Cándido —verdadero cómplice en temas mecánicos gracias a unos conocimientos que sirvieron incluso para inventarse una *chapita* que ayudaba a Samuel a meter la zapatilla en el pedal— se jugó unas nuevas cubiertas para la bici. También tuvo que rascarse el bolsillo. *“En la tercera me prometió unos pedales automáticos. Pero no pude ganar en Piedras Blancas y al final me los compré aprovechando un viaje a Andorra, donde nos salía más barato”*, rememora Samuel, que creció al calor de una familia humilde.

Hijo de Cándido Sánchez y Amparo González, comenzó a dar pedales desde muy pequeño: *“Vivíamos a las afueras de la ciudad. El taller estaba junto a las instalaciones del equipo CLAS, por lo que yo estaba todo el día trasteando por ahí en mi bicicleta ‘California’”.* Su padre, mecánico oficial, estuvo casi una década enrolado en equipos de motociclismo de competición. *“Le acompañaba a todas las carreras de motos. Es como si fuera uno más del equipo. De ahí viene mi pasión por las motos. Desde muy chiquitín mi vida han sido las motos y las bicis. Me cambié a la bici porque no teníamos dinero para comprarnos una moto y porque mi primo Sergio y mi tío Manolo —que trabajaba en Central Lechera Asturiana— me animaron. Mi tío le dijo a mi padre: ‘¿Por qué no le compras una bici al chaval para que corra?’. Y ahí se desató el tema”.*

Poco después, Samuel, que andaba encandilado por las actuaciones de Perico Delgado en el Tour, tuvo que vivir la separación de sus padres. *“Fue en 1988. Yo era muy pequeño, por eso creo que tampoco*

*le di demasiada importancia. Me fui con mi madre a vivir a un pisito en la calle Covadonga, al lado del Teatro Campoamor. Compartíamos cama, puesto que sólo había una pequeña habitación, el salón, la cocinita y el baño. Como ella pasaba tanto tiempo trabajando en la Universidad, yo terminé de educarme con mi abuela Carmina”.*

*“Yo sólo pensaba en el ciclismo. Era lo que me hacía disfrutar. Mi manera de ser, mi carácter, siempre ha ido muy ligado al deporte. No me gustaba estudiar demasiado, así que intentaba pasar el máximo tiempo posible andando en bici con mis amigos”.* No fue un alumno brillante, pero guarda muy buenos recuerdos de sus cursos en el Colegio San Juan, donde le acompañaba uno de sus grandes amigos, Rubén García *Rubenín*: *“Las notas de Samu eran normales. En la escuela nunca fue un lumbreras. También jugaba mucho al fútbol, pero le tocaba ponerse de portero por descarte. No era un crack y por eso, en cuanto pudo se dedicó a las bicis”.* *Rubenín* todavía le llama en ocasiones *Tritón*, el apodo que le puso por su facilidad para ganar otro de sus amigos, Miguel García *Pipa*, y que comparte espacio en su particular lista de alias con el de *Araña*, el sobrenombre que le dio su colega Luis Benito porque decía que en las carreras tejía una tela de araña antes de *crujir* a la presa.

Con *Rubenín*, con *Pipa*, con *Tóni* (Antonio Gutiérrez), con *Aure* (Aurelio Díaz), con *Miguel* (Murujosa), o con *Francis* (Francisco Granda), Samuel sigue manteniendo una relación formidable. Con *Francis*, con quien Samuel compartió equipo desde niño, la peculiaridad es el negocio de bicicletas que ahora regenta éste en Oviedo, tras tomar el relevo de Fran, su padre, el encargado de la tienda en la que el grupo de amigos ha pasado miles de momentos: *“Siempre hemos trasteado todos por allí porque nos apasionan las bicis. Desde que éramos niños, mirábamos cómo podíamos mejorarlas. Entre nosotros no ha cambiado nada. Seguimos saliendo a entrenar juntos muchos días e incluso en las grandes rondas, como el Tour, a veces pedaleamos con Samu en alguna jornada de descanso”.*

Samuel y *Francis* veraneaban juntos en Albandi, un pueblo situado a ocho kilómetros de Gijón en el que los abuelos de Samuel tenían una casa. *“Era la casa de verano. Allí íbamos toda la familia con mi abuela y yo intentaba siempre llevarme a algún amigo. Antes no había ni carretera ni nada. El plan no era otro que ir a andar en bici y después, a*

la playa. Por allí estábamos todos ‘asilvestrados’. Nos soltaban con las bicis y nos pasábamos unos meses entre las vacas, el mar y las huertas”. Albandi era una localidad muy conocida en Asturias cercana a Candás. Entre Albandi y Villamanín, donde la familia de Toni tiene una casa de veraneo, andaba el juego del grupo de amigos.

De los 9 a los 17 años, Samuel, que guarda con cariño una foto de un babero que él mismo ensució de bebé con manchas naranjas –“Una especie de guiño al futuro”–, no falló ningún verano a su cita estival. Su primo Abel, que sólo le saca cinco días y que siempre ha intentado educarle, seguía su rueda: “Éramos como uña y carne. Nos lo pasábamos ‘de madre’. Nos movíamos mucho con la gente de la Escuela de Ciclismo de Candás. Salíamos a las nueve de la mañana con la bici y un bocata y volvíamos tarde, a la hora de cenar. Siempre nos picábamos en la recta que teníamos enfrente de casa haciendo unos buenos sprints. Yo jugaba al basket y por eso tenía unas buenas ‘patorras’ con las que pedalear, pero es que mi primo era un suicida. Todo esto lo hacíamos con una bici chiquitina, la típica BH. Con ella bajábamos las cuestas con una cuña de madera y haciendo saltos. Nos íbamos casi siempre al suelo, claro”. Las jornadas entre primos casi siempre terminaban igual: con la abuela poniéndoles Mercromina.

Abel, que asegura que Samuel era un *crack* en todos los deportes salvo en el fútbol, compartió cientos de tardes junto a su primo: “Como todos los chavales, cogíamos la bici y nos íbamos al pueblo de al lado. Eran planes muy sanos. Él se reía de mí porque no ligaba nada, me decía: ‘Abi, para mí que vas para cura’. En él se fijaban algo más. Como ganaba todas las carreras y tenía el pelo larguito lo tenía más sencillo”.

Pero, al terminar las vacaciones, Samuel recuperaba el *chip* profesional. Era uno de los mejores y, junto al otro dominador de la categoría cadete, el cántabro Saúl Barrigón, solía conseguir casi todas las victorias. La mayoría eran triunfos y éxitos para Samuel, pero un día tuvo que bajar la cabeza al ser vencido... por una chica.

De pequeños, con sus chichoneras en la cabeza, los niños y las niñas podían correr juntos. Y en aquella carrera en el pueblo de Trevias, Samuel se enfadó muchísimo por el triunfo de Sandra Preciado. “Yo me reía porque decía que eso no podía seguir así”, rememora Cándido, que no solía perderse las carreras de su hijo, al que llamaba

“pollito”. El cabreo de Samuel aumentaba cada vez que dentro del *minipelotón* le llamaban “La niña” por su larga cabellera. Décadas después todavía se revuelve ante aquella inesperada derrota: “Nos ganó una vez, pero después ya nunca volvió a superarnos. En la siguiente carrera nos tomamos la venganza”.

**“En un año cobraré más que en toda tu vida”**

La crueldad de aquella derrota ante Sandra, la valiente y joven ciclista que emergió entre un mundo de hombres, sólo fue comparable a otras dos vividas antes de destaparse como amateur.

“La que más marcada tengo es una que corrí en Avilés en 1989. Me caí y me pegué un porrazo espectacular en la pierna. Todavía tengo las cicatrices. Entré en la primera curva embalado y me fui al suelo. Fue mi primer gran arrastrón como ciclista. Lloré como una magdalena. Todos mis cercanos vinieron a la ambulancia a consolarme mientras los médicos me curaban las heridas, pero yo no tenía consuelo posible”. A Samuel, que ganó 38 carreras de alevín y 39 de infantiles, no le gustaba perder “ni a las chapas”.

Después de aquella desgraciada mañana, Samuel sufriría un bajón (esta vez mental, en vez de físico) en una prueba disputada en Mareo (Gijón) en 1993. El asturiano, preso de la fatiga, quedó entre los últimos. Casi exhausto, llegó hundido a casa, donde le esperaba su padre, aquel que le motivaba con frases como “Para correr hay que tener los huevos calientes y la mente fría”. “Le eché una bronca terrible. Había fallado por los nervios. Me enfadé mucho por eso, porque yo sabía que él era mejor que el resto. Le dije que no valía para nada y aquello le afectó mucho. Pero creo que para bien, puesto que después de ese mal resultado lo ganó todo y comenzó el murmullo entre los ciclistas locales de que era invencible”.

Samuel le devolvería aquella *regañina* tras una dura e inoportuna llamada, cuando ya en la antesala del profesionalismo, su padre le telefoneó para decirle que dejara su gran pasión y regresara para montar un taller juntos. La respuesta de su hijo fue inmediata y rotunda: “No”. Aquel jovencito al que una niña y los nervios le habían logrado vencer en sus inicios, fue aún más clarividente: